

LIBROS

Jorge Cela Trulock  
"Me aburre  
escribir"

Es el hermano de C. J. C., pero también el autor de «Las horas», de «Blanquito peón de brega», de «Trayecto circo Matadero», de «Compota de adelfas», de «Carta a la novia», de «Inventario base»... El que obtuvo el Premio Juventud hace cerca de veinte años, y después el Premio Ateneo de Valladolid. El estudiante de Derecho que quiso graduarse en Periodismo y se graduó; el director literario de Alguara. Tiene treinta y siete años, es gallego de origen y madrileño de nacimiento.

J. C. TRULOCK.—Sí, me hice periodista. Y estoy dispuesto a dirigir cualquier empresa de prensa en cuanto lo decida el grupo de presión que la establezca.

—Los grupos de presión no parecen mostrarse muy propicios para la creación de periódicos. Dicen que es una mala inversión.

J. C. TRULOCK.—¿Y cómo se arreglan ahora para defenderse?

—No sé; se servirán de otros medios. Pero hablemos de tu literatura. De lo que estás preparando ahora.

J. C. TRULOCK.—Yo, la verdad, soy muy poco literato en el sentido corriente de la palabra en nuestra sociedad. Quiero ser un hombre como todos y que además escribe. En mis acciones, en mis actitudes no hay, "a priori", un proceso o un esquema intelectual. Personalmente, tengo interés por todo, esto es cierto. Pero se trata de un interés humano. En mí el escribir es algo espontáneo, que no obedece a fórmulas previas. Si hemos de charlar sobre temas literarios te diré que estoy escribiendo un libro perteneciente a un género nuevo, muy cultivado por alguna Editorial de Barcelona. Se trata de una obra literaria y fotográfica al cincuenta por ciento, sobre el valenciano "Joc de pilota", una diversión tradicional que, lamentablemente, va desapareciendo poco a poco.

—Intentas fomentar su extensión...

J. C. TRULOCK.—Intento darle todavía una valoración que nunca ha tenido. En este momento quedan todavía en activo cuarenta profesionales, pero los jóvenes lo desdennan y puede decirse que hoy es un juego de cuarentones. Para mí tiene un interés emotivo y creo, además, que refleja la idiosincrasia del país valenciano. Ahora la televisión lo socializa todo, los gustos, las costumbres, las tradiciones, y la mayoría de los valencianos adoptan una actitud de indiferencia ante el "joc de pilota". Pienso que es un fenómeno social muy curioso. La mujer no interviene, y no sé por qué. Es un juego exclusivamente

tamente, y que me aburro. Sin embargo, peor sería para mí no escribir. En las consecuencias encuentro la debida gratificación. Tengo la satisfacción de haber hecho algo que, más o menos, merece la pena.

—Hemos quedado en que no eres un intelectual.

J. C. TRULOCK.—No, no me considero intelectual. Las grandes abstracciones me asustan un poco. Por mi carácter no soy hombre de opiniones tajantes. Esto se refleja en mi manera de escribir, morosa, desarreglada, complicada. Me voy por las ramas casi siempre, y así es mi estilo: complejo, minucioso. Y también mi forma de vivir. Me gustan la naturaleza, el aire li-

diferente. Mis personajes son antihéroes, hombres de la vida de todos los días. La gente lo quiere como yo. Me interesa lo humilde, lo pequeño, lo vulgar, la aburrida existencia de las personas menores, de los peones de brega, de los profesores mediocres, del hombre cualquiera, de las vidas pequeñas.

—¿Cómo debe ser, entonces, la novela para ti?

J. C. TRULOCK.—La novela debe estar en su tiempo, y el novelista tiene derecho a utilizar la fórmula que prefiera, siempre que la consecuencia sea válida ética y estéticamente. Mi camino no es el social, ni el intimista, ni el de ninguna dogmática. Tampoco el intelectual, el demasiado complejo. Me parece que entre nosotros ha habido un "faulknerismo" "a priori" —y lo hay todavía— que no lleva a ninguna parte. Recuerdo que alguna vez le preguntaron a Faulkner: "¿Por qué escribe usted con tanta oscuridad?". Y respondió rápido: "Porque no sé hacerlo mejor".

■ EDUARDO G. RICO.



JORGE CELA TRULOCK

masculino. Cuando mi mujer quiso participar, todos se sorprendieron. No les cabía en la cabeza.

—¿Cómo te decidiste a escribir? ¿Influyó Camilo en el nacimiento de tu vocación?

J. C. TRULOCK.—No influyó en absoluto. Sentí la necesidad de escribir no por mimetismo, no por imitar a Camilo, que, dicho sea de paso, se casó y por tanto se marchó de casa cuando yo tenía doce años. Lo que no sabría explicar es la naturaleza de mi vocación. Necesité, y necesito, escribir por un condicionamiento casi biológico. Tengo, también, que decir sin reservas que me fastidia escribir, que escribo despacio, muy len-

te, el campo. Una de mis lecturas preferidas, los libros de Fabre, lo prueba. Fabre era un maestro de escuela aficionado a la entomología, que llegó a la ciencia directamente desde la experiencia. En otro tiempo pasé meses navegando día a día por el Alberche a la caza de patos. En mi casa vemos "Fauna" solamente mi hijo mayor y yo. Me gustan mucho los animales. Mi cuento "El río" nació en aquella época del Alberche.

—Eres un escritor a la americana.

J. C. TRULOCK.—Admiro a los escritores de la "lost generation"; me gustan Hemingway y Dos Passos. Pero creo que lo que hago es bastante

El articulista  
Gironella

José María Gironella, novelista de la «cuadra» del editor Lara, acaba de reunir en un volumen («Gritos de la tierra», Ed. Planeta) sus artículos periodísticos, reportajes, entrevistas, comentarios publicados desde 1967, ofreciendo de golpe a sus lectores un heterogéneo mundo temático con cabida para todo lo divino y lo humano. No hay vacilación en Gironella para establecer juicios extremos en lugar de análisis y exposiciones garantizados por un rigor en consonancia con una firma del prestigio de la suya.

Pensamos que estos trabajos de Gironella encajan con mucha dificultad en su bibliografía, cuajada de «best-sellers» y ediciones record; nos parecen más el resultado de una voluntad de desahogo personal y profesional que de un planteamiento exigente y a tono con su fama de escritor. Más que «gritos» semejan patalletas de niño consentido. Gironella somete a juicio.

y salva o condena —crítico maniqueo— todo cuanto toca: la guerra de Vietnam y Giovanni Papini, la juventud y la tecnocracia, la dicotomía hombre-mujer en nuestro país y el Barcelona Club de Fútbol; el suicidio de Marilyn Monroe y la mujer en los países subdesarrollados; el hambre de la India y Fidel Castro... Es un juez audaz y severo que va fabricando su ley a medida que escribe. Sus trabajos parecen precipitados, hechos con prisas, como improvisados a la hora del cierre del periódico. El juez Gironella se enfrenta, sin vacilar, con el deporte, la filosofía, la canción popular, la sociología, el ajedrez, la política... Nada se le resiste; ser sincero es ser potente, diría Rubén. La sinceridad: he aquí una virtud cara a Gironella. Lástima que, a veces, forzándola, la convierta en otra cosa y hasta en lo contrario. Ironiza, por ejemplo, con la pretensión de Cela de creerse que «no tiene rival y que personalmente nada puede hacer contra semejante fatalidad», pero uno se queda con la impresión de que Gironella admira secretamente al escritor gallego, del que acto seguido dice que puede tener talento, lo mismo que Terenci Moix —suponemos que el Terencio de que habla es éste— que ha declarado: «La novela española soy yo». Despectivo, arrogante, arremete en desigual batalla con los novelistas sudamericanos, para atribuir su éxito entre nosotros a «la actual sublimación, más sentimental que científica, de todo cuanto progresa de pueblos explotados o esclavos». A Gironella le fatigan, se le caen de las manos los libros de Cortázar, de Vargas Llosa, de Márquez, de Carpentier, y prevé que, afirmando esto, suscitará una mirada de «displícite compasión». Pensamos que el reproche que merece es de otro orden: cuando se tiene su prestigio y se enjuicia a compañeros, lo menos que debemos exigirle es rigor en el análisis y conocimiento de lo analizado. La frase citada más arriba es, además de ingeniosa, el reflejo de una ignorancia increíble en el autor catalán. En este libro, digámoslo de una vez, a Gironella le sobra prisa y le faltan modestia y serenidad. ■ E. G. R.